

El amor de transferencia y la figura del analista.

*Para que no tenga siempre
que estar pidiendo fósforos,
me regalaron una caja
bien grande, como pueden ver,
sobre la cual está escrita esta
fórmula –el arte de escuchar casi
equivale al del buen decir.
Esto reparte nuestras tareas.
Ojalá logremos estar a su altura.*

Jacques Lacan
Seminario 11
Clase X

Introducción

Todos los psicoanalistas coinciden en que los procesos transferenciales son centrales en nuestra práctica, esa aceptación trae consigo un compromiso clínico-ético. Jacques Lacan alude a esto de una manera que nos parece muy atinada, pues establece articulaciones valiosas cuando dice: “Este concepto está determinado por la función que tiene en una praxis. Este concepto rige la manera de tratar a los pacientes. A la inversa, la manera de tratarlos rige el concepto” (Lacan, 1995, p. 130).

AUTOR

José Refugio Velasco García
Miembro asociado CPM-CDMX
Profesor UNAM-Iztacala
Contacto: jorevel@unam.mx
Fecha de recepción: 01/06/2022
Fecha de aceptación: 08/11/2022

Esta afirmación de Lacan lleva, sin muchas mediaciones, a aceptar la importancia de la transferencia en el proceso psicoanalítico y a reconocer que su abordaje tiene fuertes implicaciones, sobre todo cuando en ella se despliega un producto del devenir psíquico tan importante como lo es el amor. Freud muy pronto tomó nota de la presencia de esta pasión al interior de lo que él llamaba la relación “médico-paciente”, al hacerlo advierte respecto a la manera en que los analistas pueden ser arrastrados por el tsunami de ese vínculo. No dudó en llamar *amor de transferencia* a esa fuerza que se reinventa en el proceso psicoanalítico. Consideramos que en esta denominación se expresa de modo contundente la advertencia freudiana a la que nos referimos.

Al quedar establecida esta premisa-advertencia respecto a la transferencia, se abren paso las siguientes interrogantes: ¿Cómo identificar el amor de transferencia? ¿Cómo enfrentar esta condición que parece inevitable?, ¿Cuáles son los posibles efectos de un fenómeno psíquico de esta naturaleza, tanto en el analizante como en el analista? Estas preguntas se vuelven verdaderas



Gerda Van Hoye, Protected Natural Area. Técnica mixta sobre tabla, 2021.

preocupaciones para nosotros, por eso se tratan de abordar y responder en este escrito.

Al adentrarse en estas cuestiones es difícil proponer respuestas sencillas o recetas que se puedan aplicar a cualquier situación; el esfuerzo se dirige ahora a problematizar el amor de transferencia, pues problematizar representa trabajar este significativo fenómeno psíquico. Así, el propósito en esta ocasión es enfrentar la problematización de la transferencia aludiendo a la posición del analista y su vínculo con el amor de transferencia.

Es necesario cerrar esta introducción con un cuestionamiento: ¿Porque abordar en este momento el amor de transferencia y la

posición del psicoanalista? Irremediablemente, para los psicoanalistas contemporáneos la pandemia actual ha pasado a formar parte de nuestra historia, la COVID-19 con sus variantes ha demostrado con crudeza cuan frágiles son el cuerpo y el psiquismo de los seres humanos; ante estas evidencias parece indispensable repensar el amor de transferencia y su presencia en la práctica psicoanalítica, pues durante la pandemia han aparecido un conjunto de situaciones que han impactado nuestro quehacer: los riesgos de contagio alteraron los distintos dispositivos; el consultorio fue sustituido por el espacio virtual para llevar a cabo el trabajo psicoanalítico; el analista, o alguno de sus familiares cercanos, pudieron ser presa del COVID y caer enfermos; las problemáticas

familiares o económicas han afectado tanto a analizantes como a psicoanalistas; las nuevas modalidades de convivencia han hecho visibles e intensificado muchas pasiones. Estos y otros factores seguramente se han expresado en el vínculo transferencial de muy diversas maneras, de ahí la necesidad de dilucidar en este momento en torno al amor de transferencia.

La advertencia freudiana

Al experimentar el devenir transferencial, aparecen en el horizonte de la práctica por lo menos dos posibilidades. La primera de ellas es reconocer y trabajar la instauración, paulatina o inmediata, de la transferencia a medida que avanzan las entrevistas psicoanalíticas preliminares; la otra vía implica el riesgo de actuar la transferencia.

Generalmente se habla de transferencia en términos de los afectos que se despiertan en el analizante respecto al analista; sin embargo, la práctica clínica indica que la instauración de la transferencia también tiene que ver con movilizaciones afectivas generadas en el psicoanalista, las cuales están estrechamente articuladas al vínculo con los virtuales analizantes. El análisis del analista es uno de los espacios pertinentes donde hay que enfrentar y resignificar el conjunto de movimientos subjetivos producidos al ocupar el lugar de analistas.

La supervisión de casos con otro analista es una manera de complementar la exploración realizada en el análisis personal. Se cuenta así, por lo menos con dos espacios en donde se deben examinar el tipo de afectaciones subjetivas producidas al desempeñar el trabajo cotidiano.

Hay otros ámbitos donde el fenómeno de la transferencia también debe ser abordado, nos referimos a los seminarios de formación, grupos de estudio, cursos, conferencias, mesas redondas, coloquios o congresos, así como al estudio autónomo de cada candidato o analista. La transferencia es una temática que nunca debe faltar en un proyecto cuya finalidad es abordar la práctica y la teoría del psicoanálisis. Es necesario ocuparse de esta cuestión permanentemente, así los autores trabajados en esos sitios pueden colaborar para que se reconozcan los riesgos transferenciales a los que están sometidos quienes, día con día, han tomado la decisión de explorar el terreno minado y pantanoso de la subjetividad humana. Tanto los autores trabajados, como las reflexiones elaboradas grupal o individualmente pueden venir en nuestro auxilio al experimentar los nudos transferenciales.

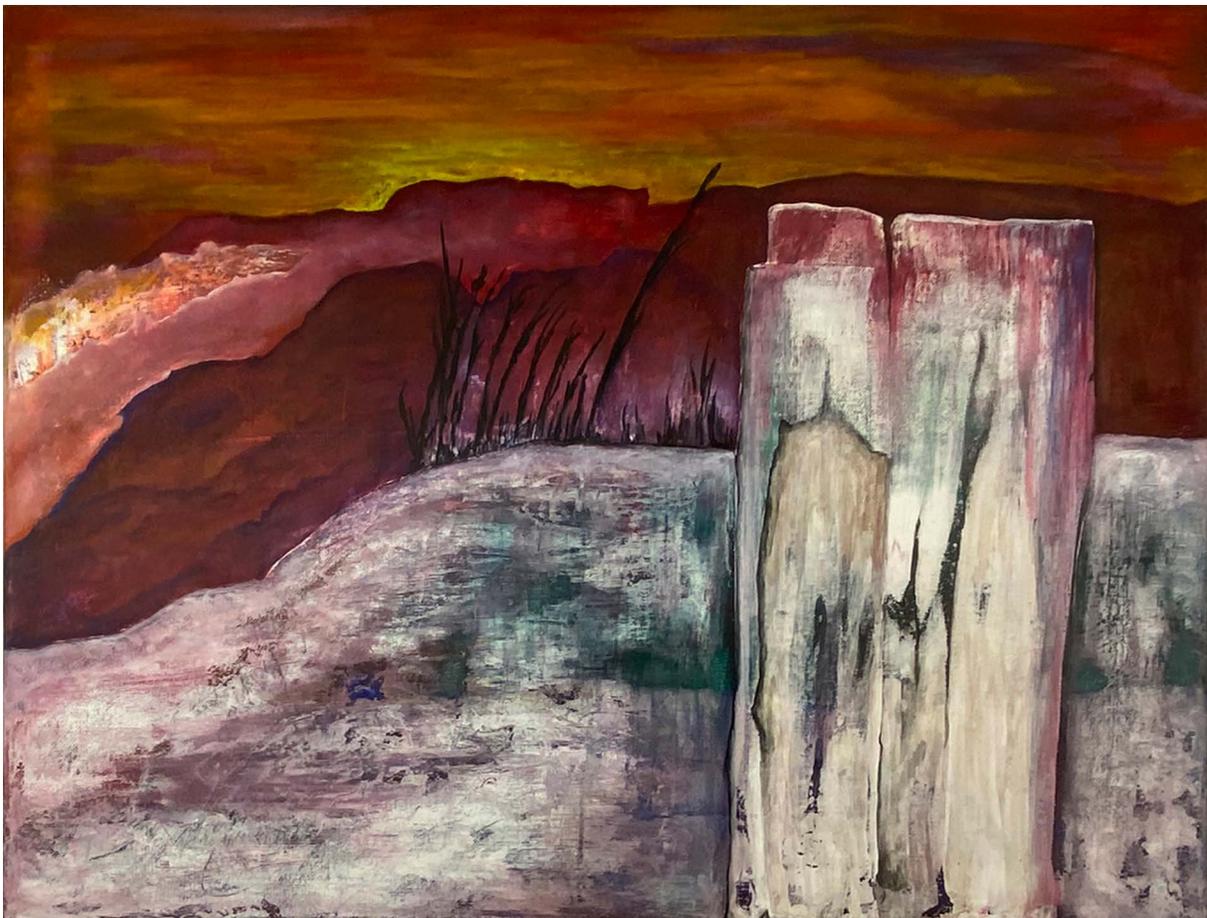
¿Por qué el asunto de la transferencia siempre debe estar en la mesa de discusión? ¿Cuáles son las razones que obligan a trabajar de modo permanente esta cuestión? ¿Por qué se habla de un deber, de una necesidad de trabajo? ¿Cuáles son los motivos que llevan a situar como imperativo el trabajo en torno a los movimientos afectivos en el analista y en el analizante? Sin mucho pensarlo, se responde que ese deber se entrelaza a las consecuencias que tiene el no operar en la dirección de la elaboración e interpretación de los fenómenos transferenciales, tales consecuencias conciernen a la segunda vía señalada anteriormente a la pueden derivar los fenómenos transferenciales. Nos referimos al peligro de pasar al terreno de la actuación por parte del analista, donde se aleja de la palabra, la reflexión y la interpretación; lo cual implicaría una abierta

trasgresión al espacio y al encuadre analítico. Esta segunda eventualidad, le da un rumbo distinto a la práctica del análisis, se aleja de ella y sería muy pertinente ver de qué modo se puede denominar ese acontecer pues, lo que Jacques Lacan denominó en la *Ética del psicoanálisis* “deseo del analista”, se desvanece en la medida en que el supuesto analista se convierte en sujeto; operación que va en contra del proceso de análisis y deja abierta la puerta a un intercambio subjetivo donde se desbarata el deseo de analizar.

Ese deseo del analista al que alude Lacan nos remite a lo que provoca el analista, con intención o sin ella, en el analizante. De tal modo que el analizante se interroga por lo que quiere de él su analista. Esa interrogación no debe ser actuada por el analista, aprovechando que el deseo del analizante se articula al supuesto deseo

del analista en esa situación inédita que es la transferencia psicoanalítica. El deseo del analista tendría que ver, en cierta medida, con la necesidad de interrogarse respecto al efecto que va teniendo el analista en el devenir del proceso psicoanalítico. Pero aceptar y plantearse tal enigma no es cosa fácil, pero es imprescindible para no colocarse como objeto de deseo del analizante y actuar como sujeto.

En el proceso transferencial se generan verdaderas batallas donde la angustia, el amor, el odio, así como otros afectos son movilizados permanentemente y pueden llevar a actuaciones por parte del analista, las cuales lo conducen al abandono de su posición, trayendo consecuencias importantes para el analizante, para el propio analista y para la institución psicoanalítica en su conjunto. Si el analista actúa sus afectos



Gerda Van Hoye, *Entorno natural*. Óleo sobre lienzo, 2021.

y no puede reconocerlos como señales de otra cosa articulada a su posición subjetiva, es porque ellos, los afectos, le han hecho olvidar que la transferencia ha jugado un papel fundamental en el devenir del psicoanálisis.

Al señalar lo anterior, no está por demás recordar los vínculos que Freud tuvo con Theodor Meynert, Josef Breuer, Martin Charcot, Hippolyte Bernheim, Wilhelm Fliess, Carl Jung, Alfred Adler, Víctor Tausk, Sandor Ferenczi, Marie Bonparte y algunos otros; relaciones personales exploradas y analizadas con detenimiento por varios autores, entre los que destacan Ernest Jones (1984), Didier Anzieu (1978), Octave Mannoni (1979), Marthe Robert (1983), Paul Roazen (1986), François Roustang (1990), Peter Gay (1996), George Makari (2012), y en años recientes Elizabeth Roudinesco (2016). Todos estos autores reconocen el impacto emocional y teórico que tuvieron esas personalidades en la vida de quien fundó nuestra disciplina; al explorar sus argumentos todo psicoanalista ha tenido noticias de que el fenómeno transferencial estuvo puesto en juego en cada uno de esos vínculos, afectando de manera importante el devenir del psicoanálisis y su proceso de institucionalización.

El amor y otras pasiones ocuparon un lugar importante en esas relaciones establecidas con el fundador de nuestra disciplina. Se fue configurando así una expresión que se considera muy afortunada: el amor de transferencia.

Al estar enterado de esos vínculos mantenidos por Freud y de la denominación a la que arribó, el psicoanalista queda advertido

respecto al tipo de territorio que recorre diariamente. Para que esta designación surgiera, sin duda fueron relevantes las conversaciones sostenidas entre Breuer y Freud donde, según Ernest Jones (1984), el propio Breuer le había comentado a Freud lo que le sucedió con Anna O; en estas charlas muy pronto el padre del psicoanálisis se refirió a un episodio semejante:

Freud a su vez le relató entonces cómo a él también le había ocurrido que una paciente repentinamente le echara los brazos al cuello, en un transporte de cariño, y le explicó que tales embarazosas incidencias eran parte de los fenómenos de transferencia característicos de cierto tipo de histeria. Esto pareció tranquilizar a Breuer... Evidentemente el comentario de Freud había causado honda impresión a Breuer, como se ve por lo que dijo a propósito del fenómeno de transferencia cuando preparaban los *Estudios sobre la histeria*: “Creo que ésta es la cosa más importante que los dos tenemos que comunicar al mundo” (Jones, 1984, p. 197).

Si esto que comenta Jones es cierto, resulta paradójico que, en los *Estudios sobre la histeria*, se aluda al episodio transferencial ocurrido entre Anna O. y Joseph Breuer solamente en una nota al pie; también es de llamar la atención que no haya referencias amplias al lugar de este fenómeno en los procesos terapéuticos expuestos ahí. Es obvio que en ese momento faltaba camino por recorrer para que lo ocurrido con Anna O fuera repensado a partir de un concepto que más tarde fue considerado uno de los pilares de la práctica psicoanalítica.



Gerda Van Hoye, *The disappearance of the icecap*. Técnica mixta sobre lienzo, 2019.

Una relación transferencial crucial para el devenir del psicoanálisis es, como cualquier psicoanalista lo sabe, aquella que se estableció entre Wilhelm Fliess y el fundador de nuestra disciplina; las etapas e intensidades de ese vínculo jugaron un papel determinante en la vida de Freud y consecuentemente en la entonces naciente disciplina psicoanalítica. Octave Mannoni al denominar esa relación con la expresión *análisis original* (1979, p.87), ha mostrado importantes reflexiones que justifican el dejar de lado la expresión “autoanálisis”. Mannoni ayuda a percibir claramente que la efervescencia transferencial producida entre Fliess y Freud, va teniendo consecuencias relevantes en las construcciones teóricas del psicoanálisis, pero mientras eso sucedía, hay una ausencia de reflexión en torno al

fenómeno transferencial. Será hasta que se realice un análisis crítico del *Caso Dora* y en el momento que se desplieguen amplias reflexiones en los llamados *Trabajos Sobre Técnica Psicoanalítica*, cuando el fenómeno transferencial adquiera más claridad. En estos escritos, el primer elemento digno de tomarse en cuenta es la afirmación contundente de Freud respecto al resultado de la terapia y la participación del “médico” en ella. Se refiere concretamente a que la mejoría del paciente y el tiempo en que se logre se relacionan estrechamente con la persona del médico.

Plantea que en el proceso de cura la neurosis adquiere un estado particular, pues se generan “formaciones de pensamiento” específicas, generalmente inconscientes a las que Freud llama “transferencias”:

¿Qué son las transferencias? Son reediciones, recreaciones de las mociones y fantasías que a medida que el análisis avanza no pueden menos que despertarse y hacerse conscientes; pero lo característico aquí es la sustitución de una persona anterior por la persona del médico. Para decirlo de otro modo: toda una serie de vivencias psíquicas anteriores no es revivida como algo pasado, sino como vínculo actual con la persona del médico. (Freud, 1905, p. 101).

Además de lo anterior, Freud está convencido de que no hay forma de evitar la transferencia y de que es necesario abordarla como parte de la enfermedad. Sin embargo, percibe que eso no es fácil; es en el caso Dora donde se percata que la transferencia se expresa como resistencia operando en contra de la cura. En la relación que se establece entre el analista y el analizante, se crea un nuevo género de productos psíquicos que es necesario relacionar con el inconsciente y sus procesos, al reflexionar en torno a lo que ocurre en ese caso queda muy claro que la transferencia no fue creada por el psicoanálisis, pero es en este tipo de práctica donde se ha hecho visible con mucha intensidad. Si bien la transferencia puede convertirse en el obstáculo más grande para el trabajo analítico, ella misma representa el máximo auxiliar en tanto se logró “traducir” al enfermo, tal es la argumentación freudiana.

¿A qué se refiere Freud cuando habla de traducir la transferencia? Para responder esta pregunta no es posible olvidar que nuestro autor, en las conclusiones del caso Dora, acepta que no logró dominar a tiempo la transferencia; admite que durante el trabajo

realizado con Dora se dejó llevar por ese gran “material patógeno” que la paciente ponía a su disposición, pero sin que se establecieran nexos entre ese material y el vínculo médico-paciente. Al reflexionar de este modo, pronto se da cuenta de que el análisis de la transferencia puede producir nuevo material, acepta así que la transferencia lo sorprende, lo cual lleva a Dora a actuar lo que no se trabajó en la transferencia: “*actuó (agieren)* un fragmento esencial de sus recuerdos y fantasías, en lugar de reproducirlo en la cura” (Freud, 1905, p. 104). Cuando habla de interpretación de la transferencia y de que ésta genera nuevo material, parece referirse a eso que anteriormente llamó traducir la transferencia.

El caso Dora y su preparación para ser publicado, le permiten a Freud explorar varios caminos. A pesar de que la labor realizada con Dora duró únicamente tres meses, se pueden encontrar múltiples aspectos teóricos y técnicos que tienen gran relevancia. El primero de ellos remite al papel asignado a la interpretación de los sueños en la vida anímica, en varias ocasiones se insiste ahí en que es indispensable profundizar en la comprensión de los fenómenos oníricos, para comprender las manifestaciones histéricas y otros conflictos psíquicos.

También se encuentran en este caso alusiones permanentes a la sexualidad, cuyo ejercicio, obviamente, no se restringe al ámbito genital; aquella aparece determinada por fantasías, representaciones y enigmas, vinculadas esencialmente a los padres, a la bisexualidad, al autoerotismo y a otros aspectos. Por otra parte, en ese momento la teoría de la represión está más consolidada, pues ya ha sido esbozada la primera tópica

en la *Interpretación de los sueños*. Todas estas preocupaciones están puestas en juego en el caso Dora y es evidente que tienen un papel determinante en las dificultades para percatarse a tiempo de la dimensión transferencial.

A pesar de esas “distracciones” se replanteó el vínculo transferencial, lo que ahora nos permite plantear claramente las siguientes interrogantes: ¿Qué sucede en la relación analista-analizante para que se pueda producir el fenómeno transferencial? ¿de qué naturaleza son tanto las repeticiones como las reediciones a las que se refiere Freud? ¿el psicoanalista está en riesgo de repetir y reeditar algo de su “propia” historia en el vínculo transferencial? En el siguiente apartado se enfrentan estas dudas insistiendo en el gran valor que ha tenido para la práctica

psicoanalítica establecer nexos entre la transferencia y el amor.

El amor de transferencia y los riesgos para el analista.

Al recuperar algunas ideas de los *Trabajos sobre técnica psicoanalítica* y contrastar la forma en que la transferencia es concebida ahí y en el caso Dora, llama poderosamente la atención que Sigmund Freud ubique a la transferencia dentro de los laberintos del amor, aludiendo, obviamente, a la investidura libidinal puesta en juego, vinculando estas fórmulas a los clisés que el ser humano repite de manera regular durante su vida. En estos trabajos sobre la técnica a Freud ya le parece del “todo normal” que esa investidura esté dirigida al analista, quien es insertado en las “series psíquicas”



Gerda Van Hoye, *Apocalypse*. Técnica mixta sobre tabla, 2004.

del paciente, entrelazándose a “imágenes” paternas, maternas o a las de los hermanos.

Freud tiene muy claro que no todas las mociones amorosas se articulan a la realidad objetiva y a la consciencia, otra parte de esas mociones toman distancia de esos ámbitos en la medida en que se entretejen a la fantasía o permanecen en lo inconsciente. Varios tipos de mociones entran aquí en juego: las conscientes, las inconscientes, las relacionadas con la realidad objetiva y aquellas ligadas a la fantasía, todas ellas operan a cada nuevo encuentro, en cada nueva relación humana. Por lo que es de suponer que cuando el sujeto establece un vínculo con su analista, ahí también se movilizan esas dimensiones de las mociones amorosas.

Ahora es tiempo de retomar la primera interrogante que se planteó al final del apartado anterior: ¿Qué sucede en la relación analista-analizante para que se pueda producir el fenómeno transferencial? Una primera respuesta tendría que ver con la resistencia del paciente a trabajar sus conflictos, a nombrarlos. Pero ¿será solamente ese factor o estarán involucrados otros elementos?

Freud (1912b), al identificar el carácter resistencial de la transferencia se plantea una pregunta fundamental, articulada a esta premisa: “¿A qué debe la transferencia el servir tan excelentemente como medio de la resistencia?” (p. 102), Así traduce Etcheverry el cuestionamiento freudiano, pero la pregunta adquiere un tono diferente en la traducción de Luis López Ballesteros: “¿De qué proviene que la transferencia resulte tan adecuada para constituirse en un arma

de la resistencia?” (Freud, 1912a, p. 1651). Parece que esta segunda traducción es más congruente con las metáforas bélicas tan comunes en el discurso freudiano. Aquí está sumamente claro que la resistencia cuenta con diferentes medios para impedir el acceso al devenir inconsciente.

Cuando Freud responde a su interrogante, señala que insistir en hablar solamente de transferencia a secas hace imposible entender por qué ella es aliada de la resistencia. Es entonces cuando habla de que la transferencia puede ser positiva o negativa, así adquiere más claridad el estatuto resistencial de la transferencia, pero también su dimensión erótica:

Acabamos de advertir que, admitiendo tan solo una “transferencia”, no llegamos a comprender el aprovechamiento de la misma para la resistencia, y tenemos que decidirnos a distinguir una transferencia “positiva” y una “negativa”, una transferencia de sentimientos cariñosos y otra de sentimientos hostiles, y examinar separadamente tales dos clases de la transferencia sobre el médico. La transferencia positiva se descompone luego, a su vez, en la de aquellos sentimientos amistosos o tiernos que son capaces de conciencia y el de sus prolongaciones en lo inconsciente. Con respecto a estas últimas, demuestra el análisis que proceden de fuentes eróticas y así hemos de concluir que todos los sentimientos de simpatía, amistad, confianza, etc., que entrañamos en la vida, se hayan genéticamente entrelazados con la sexualidad, y por muy puros y asexuales que los representemos en nuestra

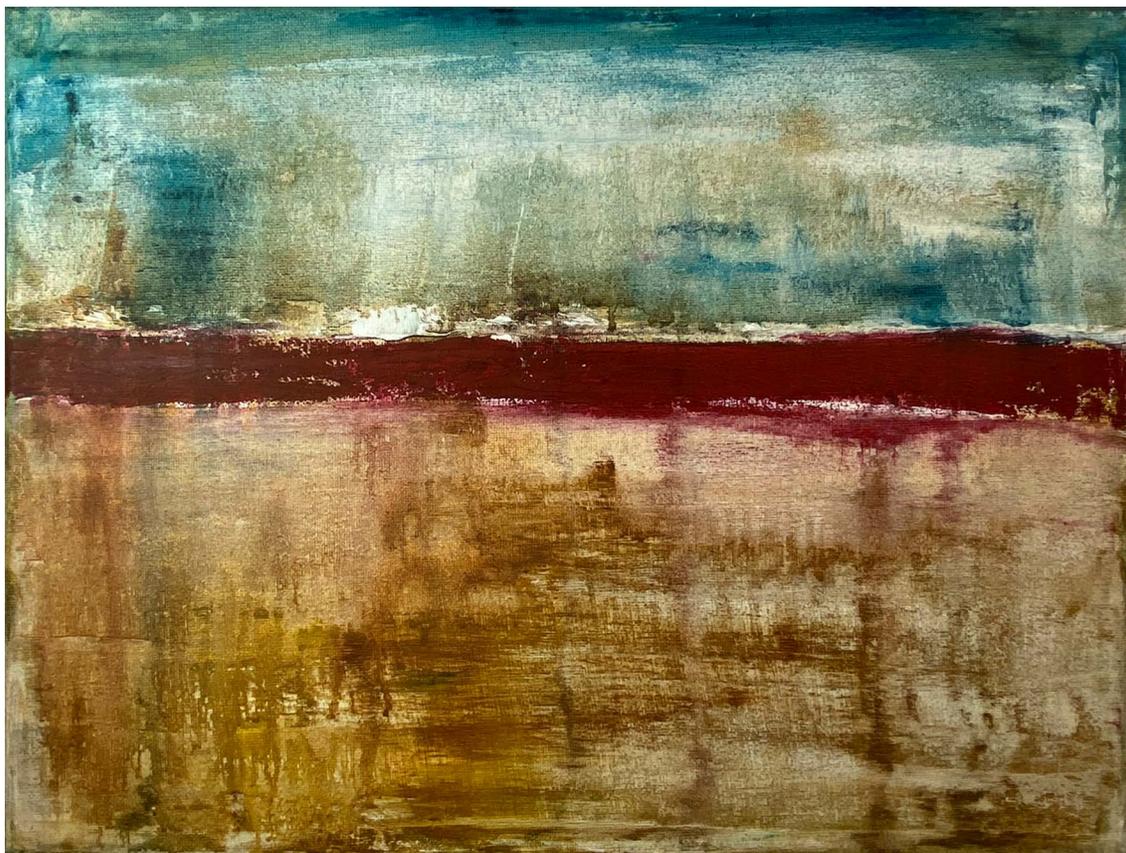
autopercepción consciente, proceden de deseos puramente sexuales. (Freud, 1912a, pp. 1651-1652).

Se observa entonces que la resistencia no es el único rasgo de la transferencia, el amor sexual está ahí implicado y él puede adquirir tonos resistenciales, pero no solamente. Esto convierte a la transferencia en una región accidentada donde una de las principales dificultades es el manejo del vínculo psicoanalista-analizante, en la medida en que esos rasgos amorosos de la transferencia pueden ser interpretados, por el analista o por el analizante, como producciones alejadas de la relación transferencial. Al dilucidar estos elementos surge un imperativo freudiano cuyo destinatario es el analista:

Para el médico supone una preciosa indicación y una excelente prevención

contra una posible transferencia recíproca, pronta a surgir en él, le demuestra que el enamoramiento de la sujeto depende exclusivamente de la situación psicoanalítica y no puede ser atribuido en modo alguno a sus propios atractivos personales, por lo cual no tiene el menor derecho a envanecerse de aquella “conquista”, según se le denominaría fuera del análisis. (Freud, 1914, p. 1690)

En esa “transferencia recíproca” habita una demanda de amor, ante ella no debe el psicoanalista dejar de pensar en la relación transferencia-resistencia, ni en que los orígenes eróticos de esa relación ese enamoramiento busca detener el trabajo, generar en el analista desconcierto, confundirlo. Por otra parte, a pesar de que surja ese tipo de transferencia, no se debe



Gerda Van Hoyer, *Desert Storm*. Técnica mixta sobre lienzo, 2018.

emprender la huida por parte del analista, pues entonces no se estaría operando como tal; Freud dice que actuar de ese modo: “Equivaldría a conjurar un espíritu del Averno asiéndole surgir ante nosotros, y despedirle luego sin interrogarle” (Freud, 1914, p. 1692).

La huida no es la opción, se recomienda que a ese amor se le trate como una situación propia del análisis, entrelazándola al inconsciente pues únicamente así reconocerán los orígenes infantiles de ese amor. Cabe aclarar que en ningún momento Freud niega que el amor de transferencia sea genuino, más bien invita a reconocer las condiciones de su aparición bajo la premisa de que hay una historia del analizante que ha sido conmovida y trastocada por este nuevo vínculo transfe-rencial, esas condiciones se pueden ubicar en tres grandes ámbitos, cada uno de los cuales requiere una exploración detenida: el dispositivo psicoanalítico, el impulso resisten-cial que promueve ese amor, y el desprecio por la realidad objetiva.

Al considerar estos elementos, y no solamente el carácter resistencial de la transferencia, el analista estará navegando en las aguas turbulentas de la ética psicoanalítica, donde existe el peligro de pasar a actuar una escena amorosa, quedando en entredicho la meta del análisis, pues llevar por la vía de la actuación el “trabajo” ocasiona una “perturbación”, así la llama Freud, en la capacidad de amar del analizante. Por el contrario, invita a explorar esas formas de amar del analizante, indagando en torno a los elementos infantiles e inconscientes que condicionan la aparición de ese sentimiento.

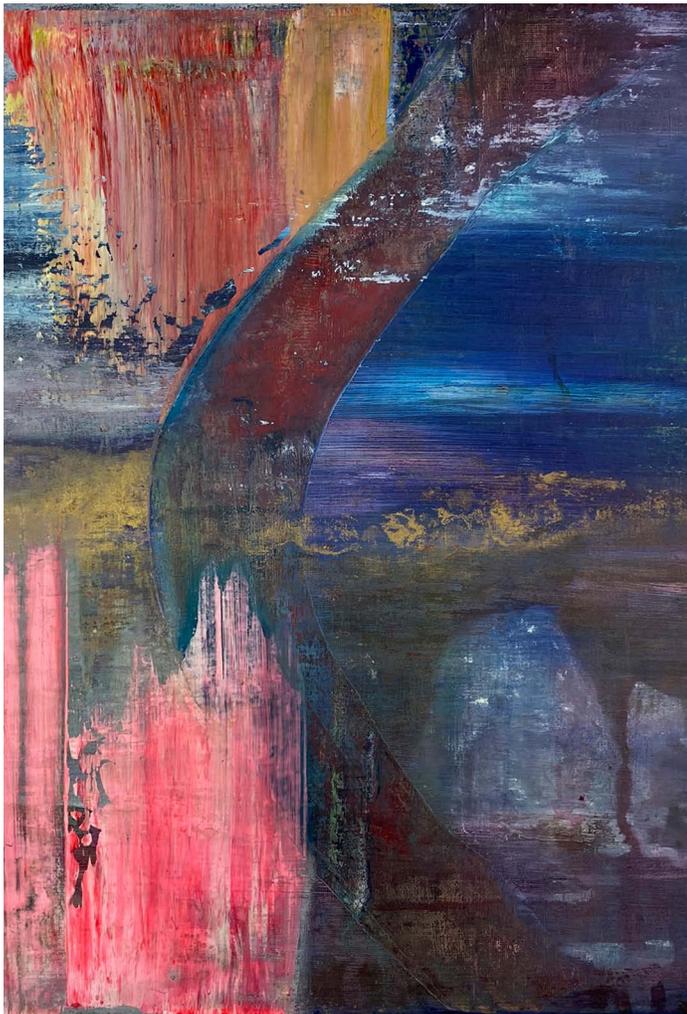
Esos componentes infantiles incons-cientes pueden adquirir una fuerza inaudita

también en quien pretende ocupar el lugar de analista y lanzarlo fuera del dispositivo, convirtiendo ese espacio en un escenario de seducción, acoso, o aceptación de las decla-raciones amorosas, abiertas o veladas, del analizante. El supuesto analista se desvía entonces de su camino y puede ser víctima de lo que le sucedió al personaje interpreta-do por el actor Dudley Moore en la película *Lovesick*, dirigida por Marshall Brickman en 1983. Ahí, el psiquiatra Saul Benjamin se enamora perdidamente de su paciente Chloe Allen, interpretada por la actriz Elizabeth McGovern. Obviamente, durante el transcurso del tratamiento la paciente le ha dado detalles de su vida amorosa, lo cual colabora a que la pasión del psiquiatra se desborde. Llega a tal grado ese enamoramiento que en una ocasión el doctor Benjamin entra a la casa de Chloe, después de haberla seguido por la calle.

Al estar a punto de ser descubierto por la paciente, al psiquiatra solo se le ocurre esconderse en el baño de la casa. Estando en ese sitio aparece el fantasma de Sigmund Freud, preguntándole cómo ha llegado a esa situación, abandonándolo a su suerte al poco tiempo, haciéndolo responsable de la manera en que tendrá que resolver tan complicada situación.

El amor de transferencia atrapa también al analista y lo puede llevar al abandono de su lugar. Francisco Pereña (2006) ha llamado la atención sobre lo que tradujo Ballesteros como “*transferencia reciproca*”, a partir de la expresión freudiana *Gegenübertragung*:

Para Freud la *Gegenübertragung*, contratransferencia o transferencia recíproca, es un efecto ineludible de



la escena transferencial, refiere, en principio, a algo tan obvio como decir que el encuentro psicoanalítico tiene efecto tanto en el paciente como en el analista. Habrá que ver cuáles son esos efectos y cómo intervienen en la cura. Por el momento Freud lo único que dice es que el analista los ha de tener en cuenta para que sus “proyecciones” no impidan la escucha y, sobre todo, para que no se crea el analista el genuino y originario destinatario de la demanda de amor del paciente (p. 201).

Al comentar lo anterior, Pereña se encuentra examinando las posibles relaciones que se establecen entre la transferencia y la sugestión, no nos detendremos mucho en esta

discusión a pesar de ser una problemática muy relevante. Solamente se destaca aquí que, para Pereña, en la transferencia entra en juego el poder del psicoanalista, articulándose a cierto desamparo en el que está atrapado quien acude al psicoanalista.

Desde nuestro punto de vista esa condición subjetiva, lleva al analizante a colocar al analista en el lugar del sujeto supuesto saber, haciendo del analista un objeto de amor. De estas cuestiones ya dio cuenta Jacques Lacan tanto en su seminario *La Transferencia* (1960-61) como en el de *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis* (1964). En el primero de estos seminarios queda muy claro que el amor es algo fundamental para el sujeto, de ahí que una buena parte de este seminario sean reflexiones en torno al *Banquete*, lo cual permite aclarar que la demanda caracteriza al sujeto:

En este punto original, resulta que todo lo que es, en el sujeto que habla, tendencia natural ha de situarse en un más allá y un más acá de la demanda. En un más allá que es la demanda de amor. En un más acá que es lo que llamamos el deseo. (p. 229).

Ese rasgo del sujeto, el de ser sujeto de demanda, lleva al analista al lugar del poder, el cual debe ser considerado por el propio analista para no dejarse atrapar por tal situación, pues rápidamente lo puede conducir a la movilización de sus propios deseos infantiles y a que ellos se pongan al servicio de lo que Piera Aulagnier denominó “abuso de la transferencia” (1980, p.132). Para esta autora la transferencia analítica es el espacio pertinente para que el sujeto

pueda desplegar sus pensamientos, sitio privilegiado para encontrar el placer y la autonomía del pensar, Pero el abuso de la transferencia impide esa autonomía. Cuando esto ocurre, es evidente que la transferencia propiamente psicoanalítica ha sido demolida.

Así, en los planteamientos de Piera Aulagnier, la circulación de la palabra en el análisis se articula al placer de pensar por parte del analizante, pero hay una serie de riesgos los cuales quedan sintetizados en la expresión “abuso de la transferencia” que puede desplegar el analista; nosotros vemos en la erotización de la transferencia y en su actuación un riesgo latente.

Aulagnier no explora abiertamente esa dimensión, pero nos da pistas importantes para identificar formas sutiles de ese tipo de transferencia:

Ahora podemos definir lo que denunciamos como “abuso de la transferencia” del cual el analista se hace culpable: toda práctica y toda conceptualización teórica que amenacen con confirmar al analizado la legitimidad de la ilusión que le hace afirmar que lo que se tiene que pensar sobre el *sujeto* y sobre *este sujeto*, ya fue pensado de una vez para siempre por un analista y, por lo tanto, que el analista no puede esperar ni oír nada nuevo de y en el discurso que se le ofrece. Algo que era una ilusión útil para la instalación de la transferencia, se transforma en una ilusión mortífera que privará al analizado de todo interés por la búsqueda de pensamientos nuevos y representaciones perdidas, búsqueda cuyo investimento el proceso exige. Si otro posee la totalidad de lo

pensable, poco importa que le hable o se calle, basta con esperar y repetir lo que casi siempre se conseguirá adivinar acerca de las ideas “técnicas” y “teóricas” del analista. Este abuso de poder también puede ser ejercido a través de la interpretación a ultranza y, podríamos decir, prefabricada, o a través de un silencio que vendrá a probarle al analizado que en el encuentro no hay intercambio de saber, y que lo que él dice no aporta ningún nuevo pensamiento al analista; también hay abuso de poder en el desprecio por el tiempo de la sesión, por las maniobras de seducción a las que se apelará para velar al sujeto, y *sobre todo a uno mismo*, el abuso de confianza que se comete”. (Aulagnier, 1980, p. 132).

Estos argumentos de Piera Auglanier permiten vislumbrar un horizonte donde la reflexión y transformación pueden vincularse, para poder seguir manteniéndonos en la posición de analistas.

Lo que está por examinarse.

La serie de argumentos expuestos en las líneas anteriores, llevan a tender puentes entre el placer de escuchar articulado al placer de pensar que puede percibir el analista en sí mismo cuando ejerce su función. Obliga a preguntar si las figuras de esa articulación se convierten en algo erotizado en el analista, con consecuentes “maniobras de seducción” que puede ejercer el analista sobre el analizante. Así mismo, exige reflexionar en torno a la emergencia del displacer que se produce cuando los pensamientos del analista son movilizados, directa o indirectamente, por las palabras y estados subjetivos del analizante.

Todo parece indicar la existencia de una relación placer-displacer operando en el analista, implicándolo de muy diversas maneras en paradojas, contradicciones y conflictos, los cuales van a jugar un papel determinante en la aceptación o rechazo de la singularidad del analizante. El aburrimiento, el enojo, la ansiedad, la incontinencia verbal del analista, el erotismo, pueden ser pistas dignas de valorar; Los pensamientos del analista están en juego, la articulación de ellos con el placer y el displacer parece ser una realidad insoslayable. ¿Cómo se va a colocar frente a esos pensamientos y placeres “propios”? ¿Podrá privilegiar la escucha de esa singularidad y aceptará que hay muchas cosas por pensar y decir en un proceso analítico? ¿El analista tenderá a regodearse en lo ya pensado por Otro, convirtiendo el análisis en un espacio heterónimo? ¿O promoverá la autonomía del pensamiento del analizante? ¿Convertirá la transferencia recíproca en una sala de operaciones eróticas? Las respuestas a estas interrogantes se producirán en cada proceso analítico y los agentes implicados ahí serán los responsables ética y clínicamente de ello.

Desde nuestra perspectiva, la posición de analista implica una cierta disposición a pensar lo impensado, a escuchar argumentos articulados a pasiones y afectos, a fantasías que no se vinculan directamente con las coordenadas teóricas en las que nos hemos formado los analistas. ¿Esto implica renegar o despreciar el recorrido teórico que ha tenido cada analista? De ningún modo responderíamos afirmativamente a este cuestionamiento, ese recorrido teórico es parte de la transferencia que el analista ha tenido con el saber psicoanalítico, el asunto es si esa transferencia es un ámbito cerrado,

hermético, una tumba fría habitada por los grandes psicoanalistas leídos, o es un terreno fértil donde los pensamientos y las narrativas de los analizantes se despliegan configurando otro momento de la transferencia con el saber psicoanalítico.

Ese nuevo momento se articula al devenir histórico del que es parte el propio analista, el cual vive de múltiples y paradójicas maneras. Queda siempre la posibilidad de explorar ese momento vital que es la transferencia recíproca en el análisis personal, la supervisión y en el encuentro con algunos integrantes de la comunidad psicoanalítica. (8)

Referencias

- Anzieu, D. (1978). *El autoanálisis de Freud y el descubrimiento del inconsciente*. México: Siglo XXI.
- Auglanier, P. (1980). *El sentido perdido*. Buenos Aires: Trieb.
- Freud, S. (1905). Fragmento de análisis de un caso de histeria (caso Dora). *Obras Completas*, (Vol. VII pp. 1-107). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1912a) Sobre la dinámica de la transferencia. *Obras Completas*. (Tomo II, pp. 1648-1653). Madrid: Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1912b) Sobre la dinámica de la transferencia. *Obras Completas*. (Vol. XII, pp. 93-105). Madrid: Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1914). Observaciones sobre el “amor de transferencia”. *Obras Completas*.

(Tomo II, pp. 1689-1696) Madrid: Biblioteca Nueva.

Gay, P. (1996) *Freud. Una vida de nuestro tiempo*. Buenos Aires: Paidós.

Jones, E. (1984) *Freud*. (Vol. I). Biblioteca Salvat. Barcelona.

Lacan, J. (1995). *El Seminario 11. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.

Makari, G. (2012). *Revolución en mente. La creación del psicoanálisis*. Barcelona: Sexto Piso.

Mannoni, O. (1979) *La otra escena. Claves de lo imaginario*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Pereña, F. (2006) *Soledad, pertenencia y transferencia*. España: Editorial Síntesis.

Robert, M. (1983). *La revolución psicoanalítica*. México: F.C.E.

Roustang, F. (1990). *Un funesto destino*. México: Premia Editora.

Roazen, P. (1986). *Freud y sus discípulos*. Madrid: Alianza

Roudinesco, E. (2016). *Freud en su tiempo y en el nuestro*. México: Debate.